

rros... Subir al principal, el de Guadalupe, es tarea sencilla, si sois alpinista... Después de varios tanteos, subís por un sendero estrecho, apenas trazado, luchando por no deslizar, tomando por instantes actitudes de *cake-walk*. Se marcha sobre una tierra rojiza... (Si los poetas cívicos del 5 de Mayo fuesen á hacer sus versos sobre el terreno, bueno sería que tomasen algo de esa arcilla purpurina de Guadalupe y Loreto para servirla anualmente « en sangre de invasores empapada » á los oyentes de sus odas.)

GUADALUPE.

Ascendiendo, como el autor, por el lado oriental, se tropieza con el *barranco* que entorpeció el ataque de los franceses, á pesar de sus terraplenes... Una vez en la cima, al entrar al fuerte, el obstáculo se reduce á una india (cónyuge probable del guardián ausente), de rodillas ante el metate. Sin dejar de echar sus tortillas, esta janitora habitual del fuerte, me cierra á gritos el acceso ; pero su oposición algo floja cede á una palabra y unas monedas persuasivas.

Todo se va en ruinas : la vieja iglesia de Guadalupe, remedo que fué de su homónima de México, hoy apenas reconocible en pilastras truncadas y arranques de bóvedas ; el curato ó casa parroquial que sirvió de reducto á los defensores, con sus cuartos destechados, ciñendo un cadáver de huerto ; las trincheras rebasa-

das, rodando en pedazos hacia el foso, excavado á gran profundidad en la vispera de la batalla y hoy abandonado, como lo demás, á procesos geológicos arrastantes.

¿ No hay cierta contradicción risible, entre este abandono del *lugar* y la pompa oficial con que se celebra anualmente el *hecho* en todo el país ? No pediríamos más que la mitad de lo que se gasta en pólvora en cada 5 de Mayo para hacer algo por la reparación y conservación de ese fuerte... Como en él las energías mexicanas prevalecieron sobre numerosos desfallecimientos, lo destinaríamos luego á sanatorio moral donde peregrinaciones movidas de todo el país fuesen á curarse de la nacional Neurastenia.

Con el Fuerte la Historia misma se desmorona en la boca de cicerones é imaginativos, muchos de los cuales se dicen testigos de la batalla y aun combatientes...

En una segunda excursión, me dirigí primero á Xonaca (lugarcillo con una iglesita del mismo nombre situado casi al pie del cerro) donde un amigo me dirigió á alguien que juzgaba excelente cicerone : era, según mi amigo, un célebre artillero de los que manejaron las piezas de Guadalupe el 5 de Mayo. — El ex-artillero convertido en un neurótico de visiones heroicas, me resultó un interminable decidor, y entre mil aventuras, me refirió un episodio muy resonado entre los militares sobrevivientes. Es el episodio que se llamará :

« EL ZUAVO QUE ABRAZÓ EL CAÑÓN. »

El caso fué que cuando Lorencez vió sus dos primeras columnas rechazadas, emprendió un ataque más vigoroso con otra columna de cazadores y zuavos... Entonces « grupos de soldados franceses llegaron á franquear los fosos de Guadalupe ». Algunos treparon hasta las trincheras, ya con escalas improvisadas de tablas y barrotes, ya elevándose unos en hombros de otros.

« En la contra-escarpa, dice el Príncipe Vivesco, oficial expedicionario, un suboficial tremoló la bandera francesa, tomándola de las manos del porta-bandera herido; un cazador (el clarín Roblet) clavó sobre el parapeto el estandarte de su batallón, tocando al mismo tiempo el paso de carga... »

Hubo, entre los asaltantes, un zuavo que echó atrevidamente los brazos en torno de una boca de fuego... En tal momento el zuavo rodó al foso mortal como habían rodado el suboficial y el clarín Roblet... ¿ Quién mató al zuavo? — El sexagenario de Xonaca me dijo que él mismo (!) había lanzado sobre él una granada de grueso calibre, en principio de ignición, la cual estalló luego y lo mató. — En seguida encuentro en las ruinas del fuerte á otro veterano, también ex-combatiente del 5 de Mayo, quien me afirma que el matador del « zuavo que abrazó el cañón » no fué el de Xonaca, sino un incógnito que le arrojó una granada de mano... Por último, al bajar del cerro y entrar á la ciudad por la plaza de San José, me aboco, cerca del cuartel del mismo nombre, con un coronel, campeón también del 5 de

Mayo; éste me afirma que el matador no es el « hablador » de Xonaca ni ningún incógnito, sino un simple artillero ascendido á sargento el mismo día de la batalla, condecorado más tarde y cuyo nombre no recuerda. Y que no lo mató con granada chica ni grande, sino con una bala fría que se aprestaba á introducir, dejándola entonces caer sobre la cabeza del zuavo que abrazó el cañón (1).

PALANCAS Y ESCOBILLONES.

En medio de todos esos trastavilleos hay algo positivo, y es que los artilleros de Guadalupe se encontraban desarmados contra un asalto cuerpo á cuerpo. Estaba tan pobre de armamento nuestro pseudo-ejército, que se privó á los artilleros de armas « portátiles » para distribuirlas entre infantes que carecían de ellas. De allí la

(1) La poesía ha intervenido en este relato mediante la pluma de un prosista imaginativo:

« En los parapetos de Loreto había una pieza de batalla que hacía un formidable estrago en las filas de los asaltantes; entonces los zuavos hicieron un empuje desesperado y se arrojaron sobre la pieza. »

« En aquellos momentos el artillero tenía en las manos el proyectil que iba á colocar en la boca del cañón, sin que hubiese tenido tiempo por la rapidez con que el zuavo había llegado al parapeto. »

« Tras de aquel hombre venía una multitud, que una vez apoderada del fortín levantaría la moral de su ejército, y se perdería en un instante la gloria adquirida á costo de tanto sacrificio. »

« El soldado arrojó el proyectil á la cabeza de su adversario, que herido mortalmente rodó en el foso del parapeto. »

« Los zuavos retrocedieron, avanzó la línea mexicana, y ya encarnizada, acribilló á los franceses... » (JUAN A. MATEOS. *El Sol de Mayo*.)

Lástima grande que, para embrollar más la leyenda, haya el popular novelista colocado la escena en el fuerte de Loreto cuyas trincheras no fueron asaltadas!

necesidad de que las balas frías y las granadas rivalizaran en la defensa con palancas de maniobras y esos grandes garrotes rematados por apéndice cilíndrico de cerdas ó sea escobillones...

« Los franceses que habían llegado al foso y cerca de la fortificación, pretendían escalar las trincheras, *agarrándose de las bocas salientes de los cañones*. El General Zaragoza que disponía de poco armamento, había ordenado que las armas portátiles de los artilleros, se distribuyeran entre la infantería, creyendo que los artilleros estaban bastante armados con sus piezas. Por estos motivos, los artilleros no podían rechazar el asalto de los franceses, sino usando de sus *escobillones y palancas de maniobras* que blandían sobre las cabezas que llegaban á lo alto. » (Porf. Díaz, *Mem.*)

LORETO.

Hacia el Noroeste, pegado al flanco del de Guadalupe como un hermano menor, se levanta el cerro de Loreto, coronado por fortificaciones de la época española.

Loreto tuvo su infantería al pie del fuerte (el 6° de Puebla), que evolucionó en falsa retirada atrayendo tras de sí á los regimientos franceses 1° y 2° de la Infantería de Marina; su artillería en el fuerte mismo (una batería de batalla y montaña) que los ametralló; y hacia el Noreste, « bajo la loma » su caballería (los dos cuerpos de Álvarez) que cargaron sobre la columna francesa reducida á operar una verdadera contramarcha. El pequeño cerro no se condujo mal para ayudar al grande... Esto no obstante, el único guardián encar-

gado del fuerte de Loreto, me dice con suma gravedad que « la mera flor de la batalla (*sic*) estuvo en Guadalupe ».

Ese guardián es un tlaxcalteca, militar en estado fósil como el de Xonaca, y como él convertido en máquina fonográfica de pifias... Me cuenta que estuvo en el combate, que « allá, en la cañada », al pie de Guadalupe, vió quemar el día 6 franceses y mexicanos muertos « como quien quema leña »... « — Y Ud. (le interrogo) ¿ en dónde estaba durante la batalla? — « Aquí, en el Fuerte. » « ¿ Quién mandaba? » — « ¿ Quién?... ¿ Quién sino él, mi General Berriozábal!... (Primera pifia... El General Berriozábal, situado primero con su brigada cerca de la Ladrillera de Azcárate, á la izquierda de la columna Porfirio Díaz, se situó después, no en Loreto, sino *entre ambos cerros*, cuando la primera columna francesa se destacó por ese rumbo... Fué el General Rojo quien mandaba la pequeña guarnición de Loreto.)

Habla un combatiente, no cicerone :

« ... El polvo, el brillo de las armas y el humo de los disparos, nos indicó que el comandante Don Pedro Martínez venía en retirada, tiroteando la cabeza de la columna del enemigo. Momentos después, apareció la cabeza de dicha columna, y los tiradores que correspondían á los fuegos de Martínez, siguieron el camino que conduce de los Álamos á la Hacienda de la Manzanilla, con la intención al parecer de rodear la ciudad más bien que de atacarla por su frente, como se había supuesto, pues habían dejado la carretera que conduce de Amozoc á Puebla, y luego se distinguió una columna de infantería de Marina y cazadores de Vincennes, apoyada por un

escuadrón de cazadores de África que hizo alto en la Garita del Peaje. »

« El General en jefe interpretó este movimiento del enemigo como la intención de atacar los cerros antes que la ciudad; y así fué en efecto, porque después de un alto de 15 ó 20 minutos que hizo la columna enemiga, se formó en batalla con el frente hacia los cerros; estableció sus baterías, rompió sus fuegos de cañón sobre los cerros de Guadalupe y Loreto, tomando el primero como el principal punto objetivo y después destacó una fuerte columna de infantería que al parecer se dirigía, no al cerro de Guadalupe, sino al espacio que separa á los dos cerros. »

« En estos momentos el General en jefe ordenó que las brigadas de Berriozábal y Lamadrid subieran al paso veloz para reforzar los cerros. Se ejecutó el movimiento... y la brigada de Berriozábal se colocó en esta forma: el 1.^{er} batallón de Toluca apoyaba su derecha en el fuerte de Guadalupe y se extendía hacia el de Loreto, y se cubría con la cresta de terracería que estaba á la margen de una zanja, cresta coronada con una línea de magueyes... » (Porfirio Díaz. *Mem.*)

Como mi tlaxcalteca signiera enfilándome ciceronadas, lo clavo moralmente contra el muro... — « ¿ Qué número tenía su regimiento en el 5 de Mayo? » Y él contestó: — « No me acuerdo! »

EL POLVORÍN.

Pero hay allí una construcción, que sin duda va á resarcirme de la vacuidad histórica de mis guías. Es la antigua *capilla* de Nuestra Señora de Loreto, templito abovedado que se levanta en medio del Fuerte. Los cañones franceses no lo alcanzaron; el tiempo lo ha

respetado... Allí dentro debe haber hermosos recuerdos, cosas que hablen de la batalla sin mentir... fusiles franceses y sus balas cilindro-cónicas al lado de las viejas armas de nuestros soldados en aquella época: fusiles de *baqueta*, mosquetes, fierros aguzados aspirando á bayonetas, escopetas de *munición* hechas para matar gorriones é improvisadas por la defensa en cazadoras de hombres... Allí habrá panoplias de sables, lanzones y machetes... Allí el marrazo del zuavo estará en contacto sugestivo con su rival: el arma blanca de los indios zacapoaxtlecas (1), y no faltarán algunas reatas de las que remolinearon ciertos combatientes lazadores (2).

El guardián no me saca de mi ilusión, hija de las odas del 5 de Mayo.

« Á esa capilla le llaman *el polvorín*. — « Pero ¿ habrá en ella reliquias de la batalla? » — « *Muncho!* » . .

Entrando, veo letreros que corresponden en efecto á

(1) Un batallón de Puebla á las órdenes del entonces coronel Juan N. Méndez que ayudó á cargar entre los dos cerros á la derecha del enemigo, estaba formado por serranos (de Tetela y Zacapoaxtla) llamados en general indios zacapoaxtlecas. Estos « irregulares » mal vestidos y peor armados, han sido objeto de leyendas al *arma blanca*. Según ellas zuavos é indios zacapoaxtlecas empuñados en feroces *cuerpo á cuerpo*, rodaron unidos por el suelo, formando después de muertos esas *mancaernitas* funebres de que habló el poeta Zorrilla en alguna de sus crónicas sobre México.

(2) El primer prisionero francés que atravesó las calles de Puebla fué conducido por un guerrillero de la fuerza del coronel Solís, llamado Mariano Oropeza, quien lo capturó con la reata de lazar en el cerro; se llamaba Charles Lisqueranne y era del 69 de línea. En la esquina de la 1.^a Calle de Mercaderes fué entregado á la fuerza de la plaza. (*Historia de Puebla* por el coronel A. Carreon).

« polvorín », depósito de pólvora y otros pertrechos : *Saquetes con solo pólvora para cañón. Granadas de á 16 calibres. Metrallas de á 12, etc...* Y nada más ! en los muros pelados, vírgenes de panoplias..

— « Mire Ud., señor, aquí hay *muncho!* » exclama el guardián señalándome en un rincón, esparcidas sin orden por el suelo, varias granadas pequeñas corroídas de herrumbre ; en otro rincón cuatro ó cinco escobillones, arrumbados de tal suerte que más parecen plumeros despolvadores.

Me quedo un instante contemplando esos escobillones y granadas, que — está dicho — fueron en momentos supremos las armas defensoras del fuerte de Guadalupe... Pero ¿ proceden de entonces ?...

— « Dígame Ud. ; estos escobillones y granadas ¿ fueron traídos aquí de Guadalupe desde 62 ? » — « Pues, Señor ¿ quién sabe ? » responde filosóficamente el cicerone de Tlaxcala.

LA SITUACIÓN DE PORFIRIO DÍAZ.

Si « la mera flor de la batalla » estuvo en el cerro de Guadalupe, según la florida expresión del guardián de Loreto, allá en la quebrada llanura, hacia el extremo oriental de la ciudad, tuvo lugar otro combate más modesto, pero quizá no menos importante.

Cerca de una fábrica de ladrillos, que ha dado su nombre al punto (Ladrillera de Azcárate) se situó el General Porfirio Díaz con su columna, precediendo á otras fuerzas.

« Á las 2 de la mañana llegó á darme las órdenes relativas el teniente coronel Joaquín Rivero... Inmediatamente puse en pie á mi columna y seguí con ella á Rivero, quien me condujo á la Ladrillera de Azcárate, que es el último edificio de la ciudad sobre el camino de Amozoc, diciéndome que era el punto donde debía yo resistir el ataque que por ese lado de



La Ladrillera de Azcárate donde se situó el general Díaz con sus tropas el 5 Mayo de 1862.

la ciudad daría probablemente el enemigo. Pocos momentos después llegó la brigada del General Berriozábal, conducida á su vez por otro ayudante y fué situada á mi izquierda ; la del General Francisco de Lamadrid, fué colocada á la izquierda de la de Berriozábal y la de Caballería del General Antonio Álvarez fué colocada á mi derecha. »

« Como yo fuí el primero en ocupar aquel lugar, y debía

presumir que el enemigo estaba cerca, destacué inmediatamente una cadena de tiradores á mi vanguardia y coloqué el núcleo de mi fuerza en columnas paralelas por batallones... » (Mem.)

EL MEJOR POETA DEL 5 DE MAYO.

« Cuando ya amanecía, llegó el General Zaragoza con su Estado Mayor, visitó sucesivamente nuestras columnas, comenzando por la mía que estaba sobre el camino, dirigió breves alocuciones á los soldados... » (Mem.)

Una de esas alocuciones, brillante modelo del género. pronunciada con voz clara por el General Zaragoza ante la línea de batalla, ha circulado suficientemente en las crónicas... Lo que no mencionan los libros es una « poesía » leída á esa misma hora ante las tropas de la Ladrillera por un capitancito que militaba á las inmediatas órdenes de Porfirio... Era el capitán Manuel Varela. Pidió permiso al General Díaz y éste, por él, al General Zaragoza, de *recitar unos versos á los soldados*... Fué la primera oda del 5 de Mayo. ¿ Dónde está ella ? ¿ Bajo qué cristal y con qué marco de oro se la ha encuadrado ? Estará por allí arrumbada en cualquier rincón, como las granadas y los escobillones... la oda *in extremis* sellada al calce con la sangre del poeta-soldado, amortajada en la bandera... El capitán Varela murió en la defensa del punto, dirigida por el General Díaz. La efeméride de su muerte está unida con el « acta de identificación de la bandera del 2º batallón de Oaxaca á que se refiere el General Díaz en estos términos :

« El combate fué tan reñido que mi batallón, que era el 2º de Oaxaca, perdió á su abanderado, el subteniente D. Manuel González. Muerto éste, tomó la bandera el capitán D. Manuel Varela, que cayó muerto también, pocos momentos después ; entonces la tomó el Capitán Don Crisóforo Canseco, actual General y diputado al Congreso de la Unión, quien por atender á su compañía tuvo que entregarla al subteniente Don Domingo Loeza, en cuyas manos continuó hasta el fin del combate. Fué tan seria la refriega que la bandera recibió cinco balazos en el paño y uno en su asta.

« Esa bandera me fué presentada varios años después, con una acta suscrita por los que habiendo sido oficiales subalternos de ese batallón, eran ya generales cuando me la presentaron, y son entre otros el General Don Francisco Loeza, el General Don Guillermo Carbó y el General Don Marcos Carrillo, y la conservo en mi sala de armas como un recuerdo honroso (1). » (Mem.)

LA BATALLA CAMPAL.

Considerada en sus grandes líneas, del lado mexicano, la batalla de Puebla se compuso de dos partes : una al abrigo de trincheras, en los cerros ; otra sin trinchera alguna en la llanura oriental.

En buena hora que el parte del General Negrete hable de una salida final de los defensores del enhiesto fortín de Guadalupe « fuera de los parapetos, para batir á la última columna francesa, rechazada »... Esa y otras salidas fuera de los fuertes (de que se muestran prodigios ciertos antiguos relatores del 5 de Mayo) pue-

(1) Después, esta bandera ha pasado al Museo Militar de la Ciudadela.

den clasificarse entre los *extras* del entusiasmo (1).

Los mil hombres con que se quedó Porfirio Díaz en las cercanías de la Ladrillera no pudieron atrincherarse ni artificial ni naturalmente... Zaragoza los había puesto allí esperando de ese lado el ataque. Mermada su fuerza por el auxilio prestado á los cerros, pudo el General Díaz llegar á creer su papel militar insignificante é inútil.... Pero el ataque vino de repente.. Presintiendo su fracaso y resuelto á impedirlo, Lorencez movió sus fuerzas para un doble golpe de mano. De un lado renovó su ataque á Guadalupe; del otro, acudiendo á sus reservas acampadas en la Garita del Peaje, las dirigió casi en línea recta al ataque de las posiciones de Díaz. Se trataba ya de tomar la ciudad, por sorpresa, á la sazón que la resistencia mexicana se había condensado en los cerros.

Habla el defensor de la Ladrillera :

« Al mandar el General Lorencez la 2ª columna en auxilio de la 1ª, movió también la de Infantería de Marina, cazadores de África y cazadores de Vincennes, que habían quedado en la Garita del Peaje, y esta columna venía por el llano y plantío

(1) Sólo el entusiasmo poético ha podido dictar á un cronista militar el General Manuel Santibáñez, párrafos como éste : « Los vencedores de Magenta y Solferino peleaban con temeridad, como que no querían perder el pomposo título de primeros soldados del mundo, y los nuestros, menos aguerridos, pero definitivamente más resueltos, salieron de sus trincheras, se confundieron con el adversario, pelearon brazo á brazo, hombre á hombre, logrando poner en precipitada cuanto vergonzosa fuga á las huestes del más pequeño de los Napoleones. » (Reseña Histórica del Cuerpo del Ejército de Oriente, por el General Manuel Santibáñez. México 1892.)

de cebada, atacando directamente las posiciones que yo ocupaba al Oriente de la Ciudad sobre la carretera. Me opuse á su avance y el ataque que yo sostenía en el llano, precisamente tenía lugar cuando se verificaba el segundo del cerro. »

« Al acercarse el enemigo, con disparos de su cadena de tiradores, empezaron á causar daño no sólo á nuestra cadena formada por el Batallón Rifleros de San Luis, sino también á las columnas mismas. Así pues, mandé retirar al paso veloz y por flancos á ese batallón, hice avanzar también á paso veloz al batallón Guerrero en columna y moví en pos de él á los dos obuses y á toda mi fuerza, incluso el Batallón Rifleros que se reorganizaba á mi espalda. El batallón Guerrero retrocedió ante el fuego nutrido de la masa enemiga que también había recogido sus zuavos tiradores. »

« Mas al nutrido disparo del grueso de mis tropas y de mis dos obuses, volvió caras, pocos momentos antes de que fueran rechazados los asaltantes de Guadalupe ».

LA CARGA DE FÉLIX.

« Sin pérdida de tiempo ordené al Teniente Coronel Félix Díaz que cargara al sable, y lo hizo con brío causando daños...; pero encontrándose en la carga una zanja que no podía pasar la caballería y sí la infantería, el enemigo se rehizo tras de ella y rechazó á la caballería. » (*Mem.*)

Porfirio tuvo como Félix, una *zanja adversa* : fué uno de los vallados que todavía existen á ambos lados del camino de Amozoc y los tiros de la fuerza francesa atrincherada en el vallado fueron los que causaron la muerte de los abanderados González y Varela. Después, en su retroceso, los franceses « tomaron una dirección oblicua », no por donde habían venido, sino hacia la

falda del cerro de Guadalupe... Allí se unieron con los que se retiraban después del ataque frustrado al cerro « haciendo ambos grupos un total bastante fuerte ». No obstante, por un terreno fragoso, malo para la persecución, los mil oaxaqueños de que se componía aproximadamente la división Díaz, prosiguieron la batida.

¿ DÓNDE ESTABAS, LOIZILLON ?

Oh tú! el de *las cartas*, tú, el gran escéptico del combatiente mexicano *en rase campagne*... tus ojos de gascón necesitaban eso para corregir su aberración visual: necesitaban el espectáculo de los mil agresores franceses de *La Ladrillera*, retirándose al abrigo de « las sinuosidades del terreno (1), » ante un número semejante de desgarrados *oaxacos*, hasta el refugio de Rementería.

1) « ... Destaqué los batallones 1.º y 2.º de Oaxaca al mando de sus respectivos jefes, C.C. coroneles Alejandro Espinosa y Francisco Loeza, formados en una sola columna, y siguieron al enemigo, desalojándolo sucesivamente de las *sinuosidades del terreno* que eran como una continuación de parapetos sobre la llanura. » (*Parte oficial del General Porfirio Díaz*).

CAPÍTULO III

ALGUNAS VERDADES EXTRA-OFICIALES Y ANTI-POÉTICAS

1ª VERDAD. — *Sobre la persecución hecha por Porfirio Díaz hasta cerca de la Hacienda de Rementería.* — Dice el General Zaragoza en su *Parte oficial* :

« La columna enemiga (la que atacó las posiciones de Porfirio Díaz) se replegó hacia la hacienda de San José de Rentería. (El verdadero nombre es *Rementería*)... Yo no podía atacarla... Derrotados como estaban, tenían (los franceses) más fuerza numérica que la mía; por tanto mandé hacer alto al C. General Díaz que con empeño y bizarría los siguió ».

Oficialmente se dice también que fué el jefe del Estado Mayor, General Colombres, el que trasmitió la orden de « alto »... Y exclama un historiador entusiasta (Don Manuel Santibáñez, valiente militar, con algo de poeta).

« Si el Sr. General Colombres (era Coronel) no comunica al